

104. San Daniel Comboni

Muchas veces se le ha llamado al Africa *El gigante dormido*. Un gigante que empezó a despertarse hace siglo y medio, y uno de los hombres, a nivel de Iglesia, que más hicieron para levantarlo de su postración fue su gran apóstol San Daniel Comboni, el santo que hoy viene a nuestro Programa.

¿Quién fue Daniel Comboni? Un sacerdote italiano que sintió desde joven la vocación misionera, enfocada desde un principio al Africa Central, a la que iba lleno de ilusiones el año 1857, y en la cual dejaría su vida, deshecha del todo, en poco más de veinte años.

Al empezar las naciones europeas la explotación del Africa, miraron el continente como una inmensa finca llena de recursos y de materias primas. Para ello, no se detuvieron en barras, y vino la opresión, humillación y explotación inicua de los africanos, sometidos a inicua esclavitud. Comboni los miraba con otros ojos: *¡Son seres humanos! ¡Son almas redimidas por Cristo! ¡Y hay que salvarlos!*

El viaje primero de Comboni y sus compañeros ya es una aventura sin igual. Cuarenta días desde El Cairo por el Nilo para dejar Egipto, y dos meses para atravesar en camello el desierto de Nibia y llegar al primer puesto de misión. Aquí, a construir cabañas, aprender a guisar unas comidas que no les van, a estudiar las lenguas nativas, a aprender a sobrevivir en medio de privaciones sin cuento... Cuando un gran misionero, que allí había perdido su juventud, cae en la brecha con estas palabras: *Aunque sólo quede uno de vosotros, que no se retire. Dios quiere la misión africana y la conversión de los negros. Yo muero con esta certeza*, Daniel Comboni traza su grito de guerra: *¡Africa o muerte!...*

El ejemplo de otros misioneros que van cayendo uno tras otro en vanguardia, le enciende a Comboni. La Orden de San Francisco ha sido generosa y ha mandado un grupo abundante de misioneros, pero en menos de dos años ya habían muerto veintidós Franciscanos en aquella imposible misión africana.

Comboni cae también enfermo, y, para salvarlo, le hacen regresar a Europa. Va a ser un viaje providencial. Soñando en la querida misión, funda los Misioneros del Sagrado Corazón y las Misioneras de la Nigrizia, a la vez que traza su famoso *Plan para la Regeneración de Africa*. El Papa se decide a abrir el Vicariato Apostólico en Africa Central y nombra al primer Obispo en la persona de Daniel Comboni. ¡Vaya carga que a éste le viene encima! El territorio de misión más grande del mundo, con unos cinco millones de kilómetros cuadrados...

Un nuevo adiós cariñoso a los suyos. Viven todavía sus padres, que lo despiden con lágrimas en los ojos: *¡Marcha, Daniel —le dice la madre, y que el Señor te bendiga!* Daniel, por su parte, le va a escribir bien pronto desde la inmensa misión: *Si vieses, querida mamá, las miserias que hay en estos lugares, aunque hubieras tenido cien hijos los hubieses dado todos a Dios. Da gracias al Señor, que te ha concedido la gracia de darle todo lo que tenías. Sí, querida madre, le eres a Dios sumamente querida, y yo me glorío de tenerte por madre*. Cuando reciba la noticia de la muerte de la madre, escribirá: *Yo exulto de júbilo, porque ahora tengo a mamá más cerca que nunca*.

Daniel, en la nueva misión, sólo siente ya a Jesucristo: *Tendremos que fatigarnos, sudar, morir; pero la idea de que se suda y se muere por Jesucristo y por las almas más abandonadas del mundo es demasiado dulce como para que podamos desistir de la gran empresa.*

Sus viajes resultan terribles, como escribe sobre uno de ellos, cuando nos cuenta:

* Hace ya cuarenta y cinco días que salí de El Cairo. La navegación por el Nilo ha sido penosa y ahora me encuentro al comienzo del gran desierto. Necesitaría al menos cien camellos, y sólo hay unos pocos, hambrientos y con muestras de cansancio. Este año no ha caído ni una gota de agua, el nivel del Nilo está tan bajo que hay carestía y los camellos mueren de hambre. Voy a necesitar todavía mes y medio para llegar a mi residencia principal de Khartum, y los camellos están que no soportan más peso. Soy el hombre más abrumado del mundo: doble trabajo, doble gasto, doble peligro y doble incertidumbre. Escribo a la sombra de una gran acacia que actualmente nos sirve de palacio. A diez pasos del baúl sobre el que escribo, hay 045° grados de calor. Esta es nuestra situación. Yo, mis misioneros, las cinco Misioneras de la Nigrizia que son verdaderos ángeles, estamos en las manos de Dios.

Pero se siente feliz en medio de tanta privación, porque confía sólo en Dios, y comenta con gracia y buen humor: *Quien confía en sí mismo confía en el mayor asno de este mundo. Toda nuestra confianza está en Aquel que murió por los negros.* Y a estos negros redimidos por Jesucristo, les lanza su grito exaltado:

- ¡Yo soy vuestro padre, y vosotros sois mis hijos!...

En un viaje muy duro, le sorprende una tempestad imponente y ha de dormir sobre una colchoneta totalmente empapada en agua. Fiebres, insomnio, molestias de todas clases, lo postran en el lecho para no levantarse más. *Moriré con el nombre de Africa en los labios,* había escrito. Y Comboni muere a los cincuenta años de edad en Octubre de 1881. Sus últimas palabras a sus misioneros y misioneras, son las de un profeta lleno de esperanza: *Tened ánimo y no os rindáis jamás. Yo muero, pero mi obra no morirá.*

¡Y claro que no ha muerto! A mucho menos de cien años de distancia, bajo el desierto del Sahara, la Iglesia estaba llena de vigor en todos los países del Africa. Conforme a las palabras de Comboni en su famoso Plan, *Africa se salva por medio de Africa.* Así lo reconocía el Papa Pablo VI en su viaje por las tierras de “El gigante dormido”: *Desde ahora, vosotros los africanos sois los evangelizadores de vosotros mismos.* Era el sueño de Daniel Comboni. Dios se encargó de darle toda la razón...